

Explorando las fuentes orales. Entrevista a Ronald Fraser

Mercedes Vilanova Ribas y José A. González Alcantud¹

Ronald Fraser es un historiador vocacional que ha dado al público en las últimas décadas algunas obras capitales para entender la historia contemporánea española. Si bien sus primeras andanzas juveniles comenzaron siguiendo la senda posromántica de aquellos ingleses que, queriendo convertirse en novelistas o artistas, encaminaron sus pasos hacia el sur de Europa, pronto descubrió que, puesto que la realidad siempre supera la fantasía, iba a extraer de aquélla sus fuerzas dejando de lado toda veleidad literaria. Con la distancia que confiere la formación anglosajona y una natural simpatía hacia los oprimidos comenzó a indagar en “lo mejor de España”, como decía G. Borrow, un ilustre predecesor suyo en los viajes a España, es decir, en el pueblo llano. Ronald Fraser dio a la prensa varios libros que se han convertido en clásicos, introduciendo de paso la curiosidad entre la hipertrofiada academia española, tan creyente en la veracidad de las pruebas escritas por encima de las fuentes orales. Historiador vocacional, viviendo al margen de las intrigas y vaivenes universitarios, la obra de Fraser se levanta como una honesta y veraz interpretación, a través de sus protagonistas, de la historia reciente española.

Para simplemente cumplir con la información que el lector debe poseer sobre el entrevistado ténganse presentes entre sus obras las de temática española: *Tajos. The Story of a Village on the Costa del Sol*, Londres, Pantheon Books, 1973 (ed. cast.: *Mijas. República, guerra, franquismo en un pueblo andaluz*, Barcelona, Antoni Bosch, 1985). *In hiding: the life of Manuel Cortés*, Londres, Allen Lane, 1972 (versión esp.: *Escondido. El calvario de Manuel Cortés*, Barcelona, Crítica, 2007). *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 1980 (nueva ed.: 2007; ed. original: *Blood of Spain: the experience of Civil War, 1936-1939*, Londres, Allen Lane, 1979). *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2008 (ed. original: *Napoleon's cursed war. Spanish popular resistance in the Peninsular War, 1808-1814*, Londres, Verso, 2007). Y

1. La versión completa de las entrevistas en público que se le hicieron a Ronald Fraser los días 7 y 8 de mayo de 2009 en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada será editada por la editorial de esta Universidad en 2010. Reproducimos aquí un extracto de la primera entrevista, del día 7 de mayo. La grabación está depositada en la biblioteca de la facultad en la serie *El intelectual y su memoria*. Transcripción: Marta Santana.

entre las referentes a su país natal: *In Search of a Past. Manor House, Amnersfield, 1933-1945*, Londres, Verso, 2010 (original: 1984). O de tema europeo: *1968: A Student Generation in Revolt*, Londres, Pantheon Books, 1988.

MERCEDES VILANOVA RIBAS—Quisiera decir unas palabras. Creo que éste es un momento realmente para mí extraordinario porque estoy con un hombre que cambió mi vida y la cambió en un instante. ¿Por qué cambió mi vida Ronie?

Yo creo que él lleva dentro la pasta de un gran maestro, que lo es, él lleva la pasión de la Literatura, pero sobre todo, de la Historia. Sabe ser amigo y cuando lo conocí hace muchísimos años, muchas décadas, él me descubrió tres cosas.

En primer lugar me dijo que lo que yo hacía, fuera de España, que es donde se ve que se hacen esas cosas, se llamaba historia oral, cosa que yo no sabía. Y entonces, sólo por decirme esto, en realidad me introdujo en el movimiento internacional de historiadores orales, donde ni él ni yo éramos reconocidos. Y esto fue algo para mí extraordinario.

Luego, en cinco minutos, es que creo que no necesitó más, me dijo cuál era el secreto de por qué él era el mejor entrevistador, de entrevistas con contenido histórico, del mundo. No tengo ninguna duda. Y me pasó su sabiduría rápidamente porque era sencilla y él la sabía explicar.

Y cambió mi vida, porque me regaló *Tajos*, entonces se llamaba *Tajos* al libro de Mijas, y por primera vez me di cuenta que ser historiador podía ser una cosa diferente de lo que me habían enseñado en la facultad.

Fue un libro que me apasionó. Yo tengo muchas pasiones, José Antonio, no sólo la historia oral. Pero el libro éste sobre Mijas, considero que en aquel momento fue extraordinario y me dio el impacto que yo necesitaba para seguir aguantando en la universidad y a la que estoy muy agradecida y feliz. No hago ninguna crítica a la universidad, pero él me dio el impulso.

Algo extraordinario de Ronie, que en esta entrevista se verá muy claro, es que él cambia siempre. No es como nosotros que empezamos una cosa y estamos una vez y otra vez, siempre repitiendo lo mismo, siempre cavando bajo nuestros pies, él no. Él, en cada libro, es una sorpresa. Una de las mayores sorpresas que yo tuve leyendo a Ronie, fue con la lectura de su libro *In Search of a Past* [En busca de un pasado, en castellano], que es un libro que me fascinó.

Yo creo que él escribe por la pasión que tiene, pero después, también para aprender y para dar. La primera pregunta que me gustaría hacerte es sobre *In Search of a Past*: ¿por qué lo escribiste, qué aprendiste, qué significó para ti, qué es este libro en tu extensa biografía?

RONALD FRASER—Antes de empezar quisiera agradecer tantas palabras tan amables y ahora voy a intentar desnudarme como han dicho antes.

Este libro es un libro que me costó veinticinco años de mi vida profesional de escritor, de comienzos erróneos y finales inacabados y de poca monta. Yo suelo aprender no de mis libros, sino del público que me lee, y es el público el que me responde a mis propias preguntas, a saber, qué he podido aprender yo con este libro.

Buscaba mi pasado desde que nací hasta la edad de catorce años, nada más. Esto era de 1933 hasta 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial.

Me crié en una casa, se puede decir, señorial de Inglaterra en aquellos años, en la que no me sentía cómodo con mi familia, más bien, me sentía cómodo con los criados

que había, y había bastantes. Es decir, prefería el otro mundo entre los dos mundos que había en esta casa, el de la servidumbre y el de la familia.

Y las primeras entrevistas que hice en mi vida, fueron precisamente de aquellas sirvientas que aún estaban vivas y que me recibieron, después de tantos años sin haberme visto, con mucha simpatía y se dejaron entrevistar sobre sus experiencias del trabajo en aquellos años en la casa.

Muy bien, así que tengo un montón de transcripciones de esta gente y no sé qué hacer con ellas y las aparco. Por una casualidad, un día en el *Times* de Londres leo en primera página que un ex alcalde de la Guerra Civil ha reaparecido en el pueblo de Mijas.

Por casualidad yo había vivido en Mijas años anteriores cuando quise hacerme escritor, entonces novelista, y pensé: “aquí hay una oportunidad estupenda”. Voy a entrevistarme con él, y no sólo sobre sus treinta años escondido, sino sobre toda su juventud anterior a la Guerra Civil, cómo se hizo socialista, etc.

Entonces, la prensa internacional cayó sobre Mijas, así que decidí esperar hasta que todo este follón estuviese acabado y entonces regresé y le pedí que trabajase conmigo.

Cuando yo le pregunté, me enteré después que él había preguntado a sus amistades, en el pueblo, por quién era yo, qué sabían de mí, menos mal que no sabían nada malo, porque me dejó entrevistarme con él. Así que nos pusimos a trabajar en el libro sobre su juventud. De eso hablaré en otro momento.

Vuelvo otra vez, y empiezo con una historia del pueblo de Mijas y después voy a hacer el libro sobre la Guerra Civil y sólo cuando acabo este libro, vuelvo a *En busca de un pasado*.

Entré en una depresión, me recomiendan un psicoanalista, y de repente veo que no sólo voy a aprovechar para que me alivie la depresión, sino también voy a ver si el que entrevista puede ser entrevistado sobre su propia juventud.

Y así es como, a través de la relación con el psicoanalista, pude componer un libro incluyendo las entrevistas que había hecho de la servidumbre y mi visión, combiné la visión del que entrevista y del que es entrevistado, sobre una cosa tan personal como su propia juventud.

A través de las cartas que recibí de lectores, que no conocía en absoluto, me fijé en que había conseguido algo que yo ni siquiera había imaginado. En primer lugar, una forma nueva de hacer una autobiografía. En segundo lugar, que los lectores me agradeciesen que ellos mismos, a través del libro, hubieran podido hacer sus propias investigaciones de su pasado de jóvenes. Eso era lo que yo aprendí de este libro, una forma nueva de historiar y también que había ayudado a otros.

M.V.R.—Muchas gracias, sólo quiero apuntar que una vez leí el libro, intenté imitarle y fracasé totalmente.

J.A.G.A.—Hay una dimensión que se ya ha señalado, porque el Psicoanálisis y la Historia parece que van en direcciones distintas. Esto realmente es importante. Esa combinación de Psicoanálisis e Historia, en medio de la cual está la memoria. Memoria sobre la cual volveremos.

Yo quería que profundizases un poco en la obra *Escondido*, la cual ha tenido una recepción importante porque es una historia muy humana. ¿En qué sentido la vida de Manuel Cortés es un calvario? El libro se subtitula *El calvario de Manuel Cortés*. Este ex alcalde socialista de Mijas, que vivió escondido como un topo, entre 1939 y 1969, real-

mente cuando tú lo dibujas en el volumen a uno le queda la duda de si era un héroe o, no quisiera pronunciar una palabra que pueda resultar ofensiva, más bien que estaba imbuido de cierta cobardía. ¿Cuál es la opinión sobre el particular?

Y por otro lado, ¿nadie sabía en el pueblo realmente que él estaba escondido?, porque también resulta difícil pensar que en un pueblo tan chico no existieran compli- cidades para que su vida no corriese peligro.

Y finalmente, como tercera parte de la pregunta, es que recuerdo en *Recuérdalo tú, recuérdalo a otros*, se da el caso de otro escondido pero a la inversa, el caso de Enrique Miret Magdalena, que luego fue teólogo, que vivió un poco la condición contraria, de la persona de derechas que se tiene que esconder en el Madrid republicano. ¿Esto es una condición normal de la Guerra Civil española, la de los topos? ¿Qué dimensión humana nos transfiere, qué indica todo esto?

R.F.—No creo que ni siquiera él, o él menos que nadie, quisiera creerse héroe, pero tampoco era cobarde. Aunque se puede creer que se había podido aprovechar de amnistías anteriores, que sí que las hubo. Pero él quería esperar hasta que hubo una amnistía total para todo lo que había pasado con los crímenes de la Guerra Civil como los llamaban, y fue hasta este punto que no salió.

¿Fue un calvario? Ustedes me dirán. Perder treinta años de tu vida encerrado en una casa donde no puedes salir. Tener el temor de que le pudieran descubrir, eso en los primeros años, no tanto después.

Tener que arrancarse las propias muelas cuando le dolían. No poder asistir a la boda de su hija. Y tener que ver por la mirilla de la puerta a su hija vestida de novia y al novio porque no podía asistir.

¿Calvario? Tal vez él no lo hubiera dicho así, pero para quien fue un calvario de verdad fue para su mujer, Juliana. Ella tuvo que llevar todo el peso de tenerlo escondido, de cuidarle, de asegurarse de que nadie lo viera de ninguna manera y si él caía enfermo buscar alguna forma de salvarle la vida. Era a ella a quien le pesaban más esos treinta años. Me dijo, “treinta años, eso se dice muy pronto, pero vivirlo, eso es otra cosa”.

¿Así que si alguien sabía que él estaba escondido en su casa? Algunos, después de que salió, han dicho que sí, que sí... No, yo estoy seguro de que nadie lo sabía. Por una razón, si lo hubiese sabido uno, los demás, el pueblo entero, lo habría sabido bastante rápido. Es un pueblo muy pequeño, es un pueblo de cotilleos, de mucho hablar y, por eso, él hizo todo lo posible para que nadie lo supiera.

Ahora bien, lo que sí que sabía la gente, porque me lo dijeron, era que él estaba escondido en Málaga o tal vez en la sierra con los refugiados bandoleros que estuvieron hasta mediados de los cincuenta del siglo pasado.

Sobre el caso de Miret Magdalena, un escondido del signo contrario, yo creo que probablemente en todas las guerras civiles esto se puede dar, y no solamente en la Guerra Civil española, y en ambos bandos.

Incluso pasó en el mismo pueblo de Mijas, porque en la misma revolución que acompañó al levantamiento militar había un par de personas de derechas, eran ricos y con eso bastaba. Se escondieron y algunos sí que sabían dónde estaban porque los habían visto. O sea, que me parece que es una cosa bastante normal.

J.A.G.A.—Continuando. Gerald Brenan vivía cerca de Mijas en la época en la que escribe, en Churriana, ¿qué peso tiene en la elección de su objeto de estudio aquí en Andalucía la lectura de *El laberinto español* y la figura de Brenan?



Ronald Fraser

R.F.—Bueno, claro, *El laberinto español* era un libro importante para todo el que se interesara por la Guerra Civil, pero no era el más importante para mí, porque para entonces se habían publicado dos libros en inglés sobre la Guerra Civil, el de Gabriel Jackson y el Hugh Thomas. Mejor el primero para mí. Pero estos dos libros habían superado un poco las perspectivas de Brenan en *El laberinto*, no todas, pero sí un poco, así que el libro de Brenan no pesaba tanto.

Conocer a Brenan sí que fue siempre un gran placer para mí, recuerdo haberlo llevado a Mijas, cuando vivía en Alhaurín el Grande, a ver a Manuel y a su mujer para saludarles después de haber leído lo que era entonces el manuscrito de mi libro *Escondido*.

M.V.R.—Yo creo que tú, Ronald, eres sin duda el gran especialista de la Guerra Civil española. Yo te he leído muy detenidamente y con gran admiración porque considero que tu contribución es mayor y única, y has hecho unos descubrimientos que quedan para la Historiografía.

Entonces, cuando hablabais de *Escondido*, yo me acuerdo muy bien que estaba en mi casa de Barcelona en 1969 y la portada de *La Vanguardia* era que la Guerra Civil había acabado. Yo decía cómo puede haber acabado ahora la guerra, pero realmente es cuando Franco dijo que la Guerra Civil había acabado.

Sin embargo, es como un peso que sigue encima de nosotros. Por muchos años que pasen no sé qué ocurre que no nos la quitamos de encima, y la pregunta que me gustaría hacerte, en realidad son dos: ¿de todas tus contribuciones, pasados ahora los treinta años, cuál crees que es tu mayor aportación a los estudios de la Guerra Civil española, y si cambiarías alguna afirmación o hipótesis de las que tú has hecho?

R.F.—Yo creo que la mayor contribución que hice, que no la hice yo, sino una de las personas que entrevisté, es responder a ¿por qué la República perdió la Guerra?

Ahora bien, yo no soy historiador militar, soy más bien historiador social, de la sociedad. Un señor me dio esta pista que proponía lo siguiente: si la República no hubiera dependido de la ayuda, del armamento, de las democracias británica y francesa, entonces, ¿por qué tenía que depender de la ayuda rusa?

La contestación es que la República tenía que depender de sus propios recursos para luchar. Si tiene que depender de sus propios recursos, la estrategia militar de enfrentarse un ejército militar a otro ejército militar, que era el franquista, que iba bien armado por las potencias fascistas, ¿quién iba a perder? Casi seguro que la República.

La cuestión entonces es: ¿fue la estrategia de batallas campales la estrategia justa o no de la República para ganar la guerra?

Me comentó esto un tal Ignacio Iglesias, que era editor político del periódico *La Batalla*. *La Batalla* era el periódico del POUM.

Después me lo comentaron tres ex comunistas del PSUC cuando reflexionaron sobre la Guerra, y sabían que algo no funcionaba en el sentido militar. Vieron que no se podía combatir contra un ejército bien armado con las pocas armas del ejército republicano. Se necesitan condiciones de igualdad.

La solución no era la de enfrentarse los dos ejércitos en batallas campales, porque se ve que en cada ofensiva del ejército popular republicano siempre pasaba lo mismo: la ofensiva podía romper la línea del ejército franquista sin problemas, adentrarse y, de repente, se para, esto pasa en Brunete, en Belchite y también con resultados más desastrosos en la batalla del Ebro. Y ahí los franquistas machacan al ejército republicano. Una vez que lo paran había que buscar otra forma de lucha, una forma distinta, una forma mucho más móvil que aprovechara los inconvenientes del ejército franquista, que también los tenían como todos los ejércitos.

M.V.R.—Me parece que no has sido muy sincero, porque una de las cosas que me gustó más de tu libro es que tú eres el primer historiador que dice que los españoles, que habían inventado la guerra de guerrillas, se olvidaron de ponerla en práctica durante la Guerra Civil y que tú la llamas guerra revolucionaria, así que creo que sí hiciste una aportación mayor.

La pregunta que te he hecho antes era si cambiarías, de todas las afirmaciones e hipótesis tuyas que son muy valiosas, algunas, y cuál sigues creyendo que es la más certera.

R.F.—Cambiaría esto de la guerrilla porque puse demasiado énfasis en la guerrilla como forma de lucha de la República, aunque sí lo necesitaba como una parte integrante de todo lo demás, pero no enfocarlo de la forma que yo creo haberlo enfocado, como la única posibilidad. Yo entonces, y eso es lo que me achaco a mí mismo, era “demasiado revolucionario”.

Mi contribución mayor es la que acabo de señalar, la forma de lucha militar.

J.A.G.A.—Siguiendo con la Guerra Civil, recuerdo que en *Homenaje a Cataluña* de Orwell, éste llegó a decir que apreciaba en el campo de batalla, sobre todo, el olor a comida podrida y los zurullos que había. Es decir, una dimensión muy humana de la Guerra Civil y de sus problemas, más allá de las ideologías o a pesar de las ideologías. ¿Cómo era la gente del PSUC, de la que acabas de hablar, que fueron uno de los problemas de la división dentro la Segunda República en su fase final?

Y también quería preguntar si te provoca esta lectura de un inglés como Orwell alguna emoción, y si viste la versión cinematográfica del *Homenaje a Cataluña*, que es

Tierra y libertad de Ken Loach, ¿qué sensación te produjo el panfleto de Loach, porque en definitiva es un panfleto sobre la Guerra Civil, y sobre todo las emociones que te suscita?

R.F.—Respondo por la última pregunta primero y a ver si de ahí podemos seguir la trayectoria.

Esta película de Ken Loach, hay muchas películas de Ken Loach que son admirables a mi juicio, pero esta película como tú acabas de decir era un panfleto, precisamente no me gustó porque era demasiado idealista, demasiado sin concretar en los problemas. Reflejaba la revolución como un gran esplendor, una victoria sólo por ser una revolución. Creo que fue un gran error y no un gran servicio a lo que fue la revolución con todas sus nubes y claros.

Lo de Orwell, tengo que decir que dependía de dónde estaba yo políticamente entonces, porque lo considerábamos demasiado humanista, era uno de estos humanistas socialistas ingleses, no nos gustaba porque no era bastante intelectual y no tenía claro la política que había que seguir.

Ahora bien, cambié totalmente de opinión sobre Orwell cuando llegué a los sucesos de mayo de Barcelona. Fue una guerra civil dentro de la Guerra Civil en las calles de Barcelona, donde la CNT y el POUM se enfrentaron con los comunistas y los partidos de la Generalitat. Se puede decir que duró cinco días, que se creía que el frente de Aragón podía colapsar, etc. Era un momento muy difícil que terminó finalmente con Negrín como primer ministro de la República.

Así que vi que él había entendido perfectamente lo que pasaba y no me había fijado antes. Yo me critico a mí mismo por la impresión que tuve al principio de Orwell.

M.V.R.—Quizás ahora vayamos a un tema más abstracto, pero que me parece que puede resultar muy interesante para los estudiosos, para los que practicamos las entrevistas, y en el que tú realmente eres un gran maestro.

Como ya has dicho, respecto al entrevistador y al entrevistado. No creo que te desnudes, sino que estamos teatralizando, siempre teatralizamos con nuestros entrevistados también, pero aun así, más allá del teatro o más acá, no lo sé.

La pregunta que te haría es qué entrevista o entrevistas han dejado una huella más importante en ti y si nos puedes explicar por qué estas entrevistas han sido para ti personalmente y como historiador tan importantes.

R.F.—Yo diría que son las veinticinco horas de entrevistas con Manuel Cortés, el escondido. En parte porque cubrimos con bastante detalle toda su vida, toda su trayectoria, desde su nacimiento hasta que sale de su escondite.

Desde mi punto de vista, hay que tener cierta pasión para adentrarse en la gran aventura de saber, conocer, la vida de los demás. Mi vida de escritor me parece aburrida, no me pasa nada, paso horas delante del ordenador, y ellos han vivido cosas como la Guerra Civil, la Guerra de la Independencia, etc. Así que una historia de una vida me parecía fascinante, lo que no pude hacer en las entrevistas de la Guerra Civil ni de otros libros.

M.V.R.—Nosotros te agradeceríamos si nos dijeras aquí brevemente cómo entrevistas, cuál es tu truco, tu técnica, tu magia, tu empatía.

R.F.—Si tuviera que resumirlo diría cuatro vocablos, todos empiezan por la letra P, pasión, persistencia, paciencia y privilegio. Yo me siento privilegiado por tener la oportu-

tunidad de crear una fuente histórica nueva, eso no está dado a todos los historiadores, que normalmente tienen que trabajar con las fuentes que ya están hechas por otras personas y que uno tiene que interpretar. Como historiador de fuentes orales te encuentras con la posibilidad de cuestionar las propias fuentes de una forma que a un historiador normal no le es posible.

Pasión de poder compartir, en cierta medida, con la persona, la recreación de su vida. Pero hay que tener cuidado con eso, porque en parte lo que hace el entrevistado es hacer una auto-representación de sí en el momento en el que él está siendo entrevistado, y le pedimos al entrevistado ser el centro de la narración que está contando. Pero si él, el entrevistado, se hace como el único personaje de la Historia, no de su historia, hay que cuidarse muy mucho, a mi juicio, de creerlo.

No creo que yo tenga ninguna facilidad especial de ser entrevistador; creo que he tenido mucha suerte de trabajar en España porque los españoles saben hablar, y lo hacen de maravilla. Puedo estar dos horas oyendo al entrevistado contar su vida, casi sin pausa. Ahora bien, hay que tener en cuenta que esto es una representación personal que esta persona, probablemente, ha hecho muchas veces a sus amigos, a familiares, etc. Es un rollo en dos sentidos, en el sentido normal y en el del rollo cinematográfico también.

Entonces yo tengo paciencia, les hago dos preguntas al principio, sencillas, sin problemas de contestar y que tienen respuestas objetivas: en qué año nació usted y dónde, una cosa que uno necesita siempre y que a veces se olvidan en el transcurso de la entrevista, y de qué vivían sus padres.

La segunda me da una cierta idea, conocimiento, del aspecto social en el que se crió esta persona. Son preguntas anodinas, que no asustan al entrevistado, le parecen normales porque se pueden contestar sin problemas. De ahí paciencia y mucha memoria. Oyes al señor o la señora contando su vida y siempre estás centrado en dos cosas, preguntas que tienes que hacerle después de cosas que no entiendes exactamente en el momento, o contradicciones o disparates que no te explican en el momento en que están hablando.

Yo no voy nunca con las preguntas escritas, no escribo nada, esto es una interrupción porque el entrevistado te ve escribiendo y piensa “pero qué escribe este tío”, mejor llevar un magnetófono lo más pequeño posible. Yo recuerdo que antes hasta el entrevistado cogía el magnetófono y esto era muy complicado para las entrevistas.

Y persistencia, y si puedo hacer, que no es siempre posible, dos entrevistas, en la primera la persona desarrolla su vida y la segunda es para hacer preguntas concretas. Las preguntas tienen que facilitar el máximo de detalles y el máximo de concreción en las respuestas. Unos pueden generalizar y darte una lectura de la historia española, pero yo lo que quiero saber es qué le pasó a usted en estos momentos, qué pensaba usted.

M.V.R.—Yo creo que nos has dado una lección magnífica. Esto que has explicado en cinco minutos o menos, me cuesta horas con mis estudiantes que no lo acaban de entender, porque, claro, él tiene un control como entrevistador extraordinario, que creo que es la C que podría añadirse a las P.

Yo recuerdo que tú hablas del centro de gravedad del entrevistado. Es algo que cuando lo oí por primera vez me fascinó. Dices que cuando estás escuchando al entrevistado en el momento en que notas una inflexión de la voz, o que se emociona, entonces...



De izquierda a derecha: Miguel Gómez Oliver, Mercedes Vilanova, Ronald Fraser y José Antonio González Alcantud

R.F.—Sí, tienes que estar muy atento a cualquier emoción, inflexión, incluso los lapsos que hacen y los saltos del tiempo porque indican si el entrevistado se ha olvidado, o es que no quiere hablar de esto o hay otras razones.

Si quieren saber un lapsus, una ausencia total en las entrevistas de la Guerra Civil, es que no encontré a ningún entrevistado, a ninguna persona, que dijese que había matado a ninguna persona, y esto en una guerra es imposible.

Yo creo que, en primer lugar, uno no dice lo que social y moralmente está prohibido en el momento en el que vivimos. O sea, está prohibido matar ahora, así que no van a decir en el momento de paz lo que hicieron en la guerra.

La segunda reflexión es que la muerte en la Guerra Civil no fue sólo en los frentes, sino también en la retaguardia, la represión de ambos bandos, y creo que había un deseo de olvidar toda esta sensación de culpabilidad de lo que había pasado en su propio bando en la retaguardia.

La tercera razón es que yo hice las entrevistas en el crepúsculo de la dictadura de Franco, cuando ya había un movimiento de ambos bandos de la Guerra Civil o de sus hijos que querían salir de la Guerra Civil y de la dictadura hacia un futuro distinto y éstos no querían evocar todo lo que habían vivido durante la Guerra Civil. Es decir, había una culpabilidad colectiva que se quería superar en aquel momento.

M.V.R.—Me parece que sería interesante que nos dijeras si practicas distintos modos de entrevistar o practicas siempre el mismo modelo, por así decirlo.

R.F.—No me gusta mucho entrevistar a políticos, líderes, etc. Cuando tengo que hacerlo, suelo ser duro. Normalmente, en las entrevistas normales soy un entrevistador bastante blando, cauto pero blando, no quiero enfrentarme con el entrevistado porque así tienen más confianza.

Ésta era una de las ventajas que tenía yo, la imagen que tenía de un extranjero loco, que iba andando con un magnetófono, cogiendo historias sobre la Guerra Civil, y nadie sabía lo que yo era políticamente y nunca lo dejé percibir por nadie. Yo quería ser una persona anónima. Y lo era.

Con los políticos, etc., a quienes tienes que sacar algo que valga, tienes que enfrentarlos con la diferencia entre su discurso político y lo que ellos pensaban. Hay dos discursos posibles, como Mercedes me señaló por primera vez. Uno que es el discurso para el público y otro es el discurso extraoficial de las bases, que pueden aceptar a cierto nivel el discurso público, pero pueden contrastar este discurso con otro que es privado o por lo menos extraoficial. Y esto es muy importante.

Hay que ser duro con los políticos o los líderes, pero también, algunas veces, puedes hacer preguntas ingenuas. Una vez pregunté a un líder de la CNT aragonés qué quería decir el comunismo libertario, que yo sabía bien, y él me dio un buen rollo. Y después le pregunté cómo es posible que, con esta perspectiva, se obligue a los campesinos a adherirse a las colectividades.

Entonces él me respondió: “yo creo que siempre ha habido una contradicción en el movimiento anarco-sindicalista entre lo que es la libertad y lo que es la fuerza de obligar a los que van a participar”.

Hay otra cosa que sirve mucho. Tienes que tener bastante tranquilidad para ejercerlo, es el silencio. Un silencio que no es evadirte del entrevistado, sino tenerle muy enfocado en lo que debía ser la conversación, pero de repente parece que tú no vas a decir nada. Esto angustia al entrevistado que suele entonces decir algo, para acabar rompiendo este silencio un poco difícil para él.

J.A.G.A.—Yo quería terciar, para terminar este apartado, con una cuestión que es una pregunta banal planteada así en principio, pero que está en el aire. Es el tema de la “memoria histórica”. Yo te planteo si es un debate interesante, cuál es su percepción, en qué falla, si es igual memoria social que narración histórica y por qué para reconstruir nuestra memoria histórica, siempre entre guiones, tenemos que recurrir frecuentemente a los hispanistas.

R.F.—Quiero empezar por la última, porque es, a mi juicio, totalmente incierta. No somos los hispanistas los que interpretamos hoy en día la realidad española, en absoluto. España tiene ya muchísimos historiadores que son muy solventes y no nos incumbe a nosotros, desde fuera, pensar que damos las claves de la historia española, en absoluto.

La ley de memoria histórica es muy interesante y me parece muy necesaria. Los que, durante cuarenta años o más, no han tenido ninguna posibilidad de reconocer a los suyos que combatieron, ni saber dónde están enterrados, ni tener la posibilidad de enterrarlos de nuevo, necesitan tener la posibilidad de sentir que hay un periodo de la historia que ya se ha acabado.

En inglés decimos “Put to rest”, que tiene dos sentidos, poner el cuerpo del cadáver a descansar y poner la memoria también, no volver siempre a lo mismo.

En ese sentido, creo que la ley estaba mal enfocada, tenía que haber sido la responsabilidad del Gobierno, desde el principio, poner no sólo el dinero y las bases, sino también los requisitos que fueran iguales en toda España. Porque yo veo lo que va a pasar, y es que hay diferencias, una región va a seguir una forma de saber de la represión y otra va a seguir otra diferente, y no vamos a saber nunca a escala nacional qué

pasó de verdad. Se debía haber hecho esto como un requisito para los historiadores españoles.

J.A.G.A.—En su vida ha habido también otro libro, sobre mayo del 68, que sintoniza con la obra de una persona ligada a la izquierda, porque hasta ahora ha ocultado su dimensión ideológica. Bueno será recordar que ha sido uno de los miembros de la *New Left Review* y que usted se define como una persona de convicciones de izquierda, entonces ahí vuelve a aflorar no solamente la Guerra Civil sino también mayo del 68. Pero ¿por qué mayo del 68?

R.F.—Era un reto, como todos mis libros, de trabajar con un conjunto de historiadores que se dedicaban a recoger fuentes orales, en Norteamérica y Europa. Era una tarea muy difícil de verdad.

Pero yo quisiera señalar aquí una cosa, el libro que hicimos fue demasiado político, se centraba en lo político de los años sesenta, del movimiento estudiantil. Lo que sí que ha perdurado es la cultura que se inventó allí. Y todo el contraataque en Estados Unidos, desde Reagan hasta Bush, ha sido en contra de lo que fueron los años sesenta en EE.UU. También la Thatcher en Inglaterra luchó en contra de lo que había perdurado de los años aquéllos.

M.V.R.—Yo creo que acabas de decir algo que te define. Y es que para ti cada libro es un reto. Pero ahora voy a enfadarme mucho contigo, porque él es un contemporaneísta que es fundamental para nosotros, que nos hace grandes descubrimientos y de repente se nos va a la Guerra de la Independencia, esto me parece una traición a tus amigos y amigas. Realmente nos tienes que explicar cómo has sido capaz de hacernos esto.

R.F.—Yo considero que el trabajo que hice sobre la Guerra de la Independencia fue una extensión del trabajo que hice sobre la Guerra Civil, tienen sus paralelismos y sus semejanzas. Aunque fue un reto, y a veces me arrepentí de haberme metido en tanto lío, pero fue un reto de dos periodos muy importantes en la historia de España.

M.V.R.—¿También era por manejar un tipo distinto de fuentes personales, que son los diarios y las memorias, que de cierta manera eran complementarias y seguramente más espontáneas? No lo sé, quisiera que nos hablaras de la fascinación por este tipo de fuentes.

R.F.—Fue precisamente, como dices, el reto de ver si podía hacer con fuentes documentales lo que había intentado hacer con fuentes orales. Me sentía siempre un poco inferior por haber trabajado sólo con fuentes orales. Los historiadores académicos, no tú, suelen despreciar las fuentes orales, creo que se equivocan, así que yo quería ver si con fuentes documentales podía hacer lo mismo.

Ahí caí en una trampa muy grande, yo creía que existían estas fuentes, pero lo que encontré en los libros fueron las memorias de la clase política, y eso no es lo que a mí me interesa. Yo quería saber cómo vivió el pueblo llano una experiencia como la Guerra Civil o la Guerra de la Independencia.

Entonces, me costó seis años en archivos buscando no sé cuántos documentos para ver lo que podía extraer del pueblo llano en documentación que siempre estaba escrita por la clase política, documentación que estaba escrita por los políticos, los eruditos o los que no eran analfabetos, así que me costó mucho encontrar lo que yo buscaba.

M.V.R.—El título, esto de “maldita”, a ver si nos lo puedes explicar.

R.F.—Dice Mercedes que “maldita” no es la traducción exacta de lo que dijo Napoleón, sería más bien “desgraciada”. No quiero evadir mi responsabilidad en el título, porque di mi acuerdo, pero no fui yo quien lo eligió, sino mi editor en *Crítica* y no me di cuenta en aquel momento de que no era la traducción adecuada.

M.V.R.—Antes has hablado de que para la Guerra Civil, aparte de lo que decía José Antonio de *El laberinto español*, los textos de Jackson y de Hugh Thomas habían sido muy valiosos. ¿Pero qué textos de la Guerra de la Independencia han sido fundamentales cuando empezaste tu trabajo, si hay alguna comparación posible?

R.F.—Artola, que es el gran experto; los franceses, Aymes, por ejemplo. Hay tantos que se han especializado en la Guerra de la Independencia, que me costaría recordarlos a todos, pero Artola es el principal. Yo he tenido el privilegio de comer con él y me comentaba que su libro era demasiado de historia militar y yo buscaba otra cosa, historia social.

J.A.G.A.—Al final del libro de la Guerra de la Independencia, me ha llamado mucho la atención la lectura de los grabados de los *Desastres de la Guerra* de Goya. Culmina el libro con el último grabado de Goya que deja aparecer a un individuo con la palabra “Nada”. ¿Tanto para nada, otra guerra más? ¿Cuál es su lectura y por qué termina con Goya?

R.F.—Por dos razones, una muy sencilla, no sabía cómo acabar ese libro, es un problema para los escritores, qué vas a hacer, ¿cómo puedes terminar de forma satisfactoria? Esto de “Nada” de Goya es un cadáver que se levanta de su ataúd, con un papel en la mano que parece que él ha escrito y que dice Nada, y Goya debajo entre comillas pone “Nada”. Es verídico. Me parecía que la guerra no había servido para nada, me refiero para España, para los demás claro que sirvió, ente otras cosas para la derrota de Napoleón. Para España creo que fue un error muy grave, aunque inevitable, haber permitido como un arrebató pasional, al principio, oponerse a lo que había podido ser una transición bastante fácil a una nueva monarquía constitucional, bastante constitucional, no tanto como hubieran querido las Cortes de Cádiz. Para ello me baso en el observador más agudo de la época que es el reverendo José María Blanco White. Si me permiten, voy a leer lo que él dijo de aquella época: “conocía demasiado bien la situación moral e intelectual de mi país para sentirme optimista sobre los resultados favorables de la insurrección popular, ni por un momento dudé de la justicia de la causa nacional, ni justifiqué la forma con la que Napoleón pretendió cambiar la dinastía española, lo único que puse en tela de juicio fue la utilidad de un levantamiento popular, pero puesto que el levantamiento había tenido lugar, me puse del lado patriótico. Estaba convencido de que si el pueblo permanecía tranquilo bajo la forma de gobierno a la que estaba acostumbrado mientras el país se deshacía de una dinastía de la que ya no se podía esperar mejora alguna, la humillación política de aceptar un nuevo rey de manos de Napoleón se vería ampliamente compensada con futuras recompensas”.

M.V.R.—En el sentido de lo que estás diciendo, ¿qué opinión te merece José I en contraposición al papel de Fernando VII?

R.F.—Era un comerciante rico, muy culto, muy mujeriego para envidia de su hermano, pero que quería hacer algo por España, ya que su hermano lo había puesto en el trono. Pero estaba saboteado totalmente, por los que tenían en principio que apoyar-

le, por el ejército francés. Con este ejército no podía nunca ganarse el apoyo de los españoles.

M.V.R.—Una cosa de la Guerra Civil que al principio me pareció muy importante, era si el levantamiento popular, durante el 36, si había sido espontáneo o no. Tú piensas que si los españoles hubieran sabido de las abdicaciones de los reyes en Bayona, moralmente tan penosas, ¿crees que se habrían levantado, hubiera habido el 2 de mayo?

R.F.—Sí, claro, sin duda alguna. No es el 2 de mayo lo importante, sino las ocho insurrecciones de las capitales de la periferia de España, que es donde de verdad empieza la guerra. El escándalo no eran las abdicaciones de Bayona, el escándalo no era la moral reprobable de los Borbones, el escándalo fue la actuación de Napoleón porque hizo abdicar a los reyes en territorio extranjero, cosa que estaba considerada ilegal. Incluso el mismo Fernando VII pidió a Napoleón venir a Madrid para explicarse y que las Cortes decidieran si querían o no que él abdicara.

M.V.R.—¿Qué papel le das a la conciencia nacional española en el levantamiento, si es que la hubo?

R.F.—Ninguno.

J.G.A.—La defines como una guerra patriótica.

R.F.—Exactamente.

M.V.R.—Entonces, ¿quiénes tuvieron más peso en el levantamiento?

R.F.—Es un mito popular que sigue existiendo que los ocho levantamientos fueron espontáneos y unánimes por el patriotismo innato del pueblo llano urbano, porque todos los levantamientos originarios tuvieron lugar en ciudades. Lo que es interesante es que el mundo rural no se levanta, ni siquiera se mueve, nada. Es en estos ocho focos donde empieza todo y se extiende a otras ciudades.

Les diré por qué no eran espontáneos ni unánimes. No lo fueron porque estaban organizados por pequeños grupos fernandinos de política muy diversa, pero con un odio a Godoy, que había sido el privado de Carlos IV, y finalmente también a Napoleón, pero al principio sólo a Godoy.

Estos fernandinos organizaron los levantamientos cada uno en su ciudad, sin saber que se organizaban en otras ciudades, sin conexión y, a veces, sin conocimiento de que se había levantado otra ciudad. Incluso los fernandinos sobornaban, lo que está documentado en tres casos, a la población urbana para sublevarse. Eso no quiere decir que la población fuera un títere de los fernandinos, ellos tenían sus propias razones para levantarse, pero sí es cierto que pasaban dinero en una clase de motines, al estilo del Antiguo Régimen, y en dos casos también documentados, los fernandinos tenían sus propias milicias, armadas, pagadas, en Oviedo y en Valencia, para levantar a la gente.

M.V.R.—Entonces, ¿tú crees que con la Constitución de 1812 culmina el levantamiento del año ocho, o es sólo un contrapunto, o qué es?

R.F.—La soberanía, todos los levantamientos, llevan en seguida a crear juntas locales o regionales eventualmente. Esas juntas se declaran y ahí es donde empieza el mito. Los fernandinos que crean estas juntas dicen que es el pueblo el que se ha levantado.

Por dos razones: primero no sabían si podían controlar la situación, y si otras ciudades les iban a seguir.

Decían que el pueblo, en ausencia de su rey, había recuperado la soberanía y, al mismo tiempo de sublevarse, el pueblo le había dado a las juntas la soberanía popular. Empieza la cuestión de quién tiene la soberanía durante la Guerra de la Independencia, las juntas primero, después la Junta Central, después las Cortes, después las Cortes nacionales y finalmente la Constitución. Es un salto hacia adelante, pero que no tiene fondo.

M.V.R.—¿La guerra la ganan los españoles gracias a la guerrilla, o los ingleses, o la pierden los franceses?

R.F.—La guerrilla, de por sí, no podía ganar la guerra, eso ni siquiera la guerrilla lo creía. Espoz y Mina dijo: “La derrota de Napoleón se debe a la nieve de Rusia”. Y era cierto.

La guerrilla no podía ganar la guerra, se necesita un ejército en aquel entonces para ganar una guerra, porque había que tener al menos un par de batallas para liquidar al ejército contrario, sin esto no había cese. Eso se veía muy claro con las campañas de Napoleón, un par de batallas y ya se rendían Austria y Prusia.

¿Quién ganó la guerra? Yo diría que los aliados, españoles, portugueses e ingleses, ganaron la Guerra de España, pero no la guerra contra Napoleón.

M.V.R.—¿Qué personajes de la Guerra de la Independencia te han fascinado más?

R.F.—Yo diría que dos: José Blanco White por su gran decisión política y por su apoyo en contra de las Cortes de Cádiz por la lucha de la independencia colonial.

Y por otro lado, un comerciante, que se llamaba Lorenzo Calvo Rosas, que era muy rico, era vasco, había hecho una fortuna antes de los veinticinco años, en Madrid, de cuatro millones de reales, y tenía negocios por toda España. Cuando la incursión del ejército francés en Madrid, con la conquista de Madrid, se fue a Zaragoza. Cuando se levanta la población, Palafox le hace intendente de la resistencia, y de ahí es nombrado por Palafox para la Junta Suprema. Es el único que con un sentido burgués, eso es lo que me fascina, el sentido de eficacia, trata de hacer algo mientras que los demás y los nobles lo dejan pasar.

J.A.G.A.—Me ha llamado la atención el poco papel de las mujeres en su obra. Pero tampoco lo hay en la obra de Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable*, donde aparecen en un papel muy familiar y muy poco avanzado para la época. Aunque igualmente hay una imagen de heroínas que se prodiga.

Lo digo porque estoy preparando el estudio preliminar para una obra que se publicó aquí en Granada en 1908, se llama *El mirar de la Maja*, de Ysidro de las Cagigas, que coincide más o menos con el centenario de la Guerra de la Independencia.

Se trata de una historia muy bella. Una señora, que es una Maja, va por el Albaicín, y seduce con la vista a un oficial francés. Es una especie de Carmen de Merimée. El francés cae seducido y ésta lo mata. Es la historia de Judith, de Salomé, Herodías, pero en términos domésticos en el Albaicín.

Así que entre esa ausencia de la mujer, los mitos como Agustina de Aragón y las majas, ¿dónde está la mujer real?

R.F.—Me habéis tocado en lo más profundo de mi ser y de mi arrepentimiento. Yo sabía que había que trabajar sobre la mujer e incluirlo en el libro. Llegué tan cansado al final que no tenía fuerzas suficientes para esto. Me quedó como una asignatura pendiente. Un día voy a estudiarlo porque tengo material documentado.

Esta visión que da Cárcel es de la mujer de la clase acomodada o por lo menos culta, no es la visión de la mujer del pueblo llano. Porque en la base de datos que hice de las Juntas Criminales, que eran de verdad Tribunales Excepcionales de Crímenes, que fueron la forma legal represiva del gobierno de José Bonaparte, de ahí tengo una base de datos de mil personas que pasaron en cuatro años sólo en Andalucía. Hay 269 mujeres, el resto son hombres. Doscientas sesenta y nueve mujeres no es nada. El problema que hay con estos tribunales es que las sentencias son tan poco descriptivas que sólo se sabe que uno es salteador de caminos, pero no se sabe por qué asaltan los caminos, ni qué se hace con el dinero, si se lo embolsan o financian alguna guerrilla. No se sabe.

De estas 269 no hay ninguna que fuera ajusticiada, pero un 25 % se puede decir que estaban de alguna forma involucradas en la resistencia popular contra el ejército francés.

El caso más famoso era el de una mujer de Valladolid, Rosa Agudo, que fue la amante del general comandante de Valladolid. No se sabe exactamente si se hizo amante para hacerse espía de una partida de guerrilleros del entorno o si era ya espía antes de hacerse amante. Lo que sí es verdad es que ella sirvió para pasar todas las cosas que se dicen de almohada. Cuando la detuvieron dijo, de forma desafiante, que había actuado como una buena española a favor de los patriotas, etc.

Aparte de eso, yo he contado quince mujeres guerrilleras, docenas de mujeres que ayudaban a los prisioneros españoles en las grandes columnas que les llevaban a Francia tras las derrotas de los ejércitos patriotas, que les ayudaban a escapar, les escondían, que hicieron de espía, hicieron toda clase de resistencia menos visible, pero no dejaron rastro.

J.A.G.A.—Tú te has definido como un artesano de la historia. Explícanos qué significa ser un artesano de la historia.

R.F.—Uso esto de forma metafórica, porque no soy historiador académico, me he formado como historiador por mi cuenta, y por eso me considero un artesano. Ahora bien, no hay que despreciar en absoluto a los artesanos, yo les admiro mucho, y estoy honrado de considerarme un artesano. Pero reconozco que los académicos tienen sus formaciones, por eso no quiero ni pretendo fingir que soy igual que ellos.

Si yo considero que el historiador no puede interpretar, ésa es otra pregunta. Pero considero que el historiador no sólo puede, sino que debe interpretar, pero no siempre de la misma manera. La forma de escribir una historia puede en sí ser la interpretación. Por eso, si yo acabo el libro de la Guerra de la Independencia con un “Nada”, eso ya es interpretación, aunque cada uno puede discutir lo que exactamente quiere decir, pero para mí era un *Statement of intent*. Este libro está escrito en muchas ocasiones de forma irónica. Ironía en el sentido de que las cosas no eran como parecían, como por ejemplo, el Deseado, no era en absoluto deseado.

O sea, que para mí sí se interpreta, pero tengo que decir rápidamente para qué público escribo yo. Escribo para un público interesado en la Historia, pero no especialista, ni en la Historia, ni en la época que trato yo. Yo hago lo que los franceses llaman

“vulgarización de alto nivel”. Espero siempre añadir un poco a los conocimientos de los historiadores académicos, pero mi público es aquel que no es especialista. Esto es así no porque no sea historiador, sino porque dependo de las editoriales británicas para el dinero que me permite indagar, así tengo que escribir.

La Historiografía inglesa no tiene sus orígenes en las Ciencias Sociales, como en la mayoría de Europa, sino que tiene sus orígenes en la Literatura, por lo que en Inglaterra, si la historia no está bien escrita, no vale, así que pongo mucho énfasis en intentar escribir lo mejor posible.